

El dinero es el único dios y el capitalismo su profeta

Textos y reflexiones útiles para el momento actual

José Ignacio González Faus,
Cristianisme i Justícia,
Barcelona

1. “Capitalismo como religión” (Walter Benjamin)

Con ese título, y en 1921, anotó en sus apuntes Walter Benjamin:

En el capitalismo hay que ver una religión. Esto significa que el capitalismo sirve esencialmente para satisfacer las mismas necesidades, tormentos o inquietudes a las que antaño daban respuesta las llamadas religiones. Esa estructura religiosa del capitalismo no es solo similar a “una imagen de estilo religioso” (así pensaba Max Weber), sino “un fenómeno esencialmente religioso”.

Pero si hoy intentáramos dar la prueba de esa estructura religiosa del capitalismo, acabaríamos en el callejón sin salida de una polémica universal y desmesurada. No podemos abrir la red en la que estamos atrapados; pero más tarde nos daremos cuenta. No obstante, hoy ya es posible reconocer tres rasgos de esa estructura religiosa del capitalismo.

En primer lugar, es una religión *puramente de culto*, quizá la más cúllica que ha existido. No tiene una teología dogmática específica: en él todo cobra significado solo a través de una referencia inmediata al culto. Desde esta óptica adquiere el utilitarismo toda su coloración religiosa.

Un segundo rasgo del capitalismo, relacionado también con esa concreción cultural, es la *duración permanente del culto*: el capitalismo es como la celebración de un culto “sans trêve et sans merci” (sin tregua y sin piedad)¹. No

1. En francés en el original. Me parece más probable la versión *sans trêve* que *sans rêve*, que resulta más oscura. De todos modos, la cuestión es discutida.

hay en él “días laborables”, no hay un solo día que no sea “día de fiesta”, en el sentido terrible de una ceremonia sacra superdesarrollada: es como el despliegue máximo de aquello que se venera.

En tercer lugar, se trata de un *culto culpabilizador*. El capitalismo es quizás el primer caso de un culto que no es expiatorio, sino culpabilizador. A partir de aquí, este sistema religioso se ubica en la explosión de un movimiento monstruoso: una terrible conciencia de culpa/deuda² que no sabe liberarse, echa mano del culto no para expiar la culpa, sino para hacerla universal, para grabarse en nuestra conciencia y, por último y ante todo, inmiscuir al mismo Dios en esa culpa para acabar interesándole en la expiación.

La expiación, por tanto, no hay que esperarla ni del mismo culto, ni de la reforma de esa religión (que siempre debe apoyarse en algo más seguro que ella), ni en la apostasía de ella. Más bien, pertenece a la esencia de ese movimiento religioso que es el capitalismo aguantar hasta el final: hasta la completa culpabilización final de Dios, hasta la situación mundial de desesperación que ya hemos conseguido y en la cual todavía seguimos esperando.

Ahí reside lo históricamente inaudito del capitalismo: que la religión ya no significa la reforma de la vida, sino su destrucción. La desesperación se transforma así en el estado religioso del mundo, del cual hay que esperar la salvación. La trascendencia de Dios ha desaparecido, pero Dios no ha muerto, sino que se ha incrustado en el destino humano. Todo este cruzar el planeta-hombre por la morada de la desesperación, con la soledad más absoluta en su camino, es una actitud que deriva de Nietzsche: ese hombre es el superhombre, el primero que conoce la religión capitalista y comienza a practicarla.

Un cuarto rasgo es que el *dios* (del capitalismo) *debe quedar escondido*. Solo puede ser invocado en el cenit de su culpabilización. El culto es celebrado por una divinidad inexperta; y cada pensamiento, o cada representación de ella, destroza el misterio de su madurez.

También la teoría de Freud tiene que ver con el señorío clerical de ese culto. Lo reprimido, la representación pecaminosa y condenada es con mucho la analogía más luminosa del capital que cobra intereses del infierno del inconsciente.

La forma del pensamiento religioso capitalista se encuentra (también) magníficamente expresada en la filosofía de Nietzsche. La idea del superhombre empuja el salto apocalíptico no hacia la conversión, la expiación, purificación o penitencia, sino hacia un crecimiento constante que en sus últimos tramos se vuelve explosivo y discontinuo. Por eso, crecimiento y desarrollo resultan incon-

2. En alemán, la palabra *Schuld* significa a la vez *culpa* y *deuda*. Esa indistinción es fundamental en toda la reflexión de Benjamin. Por eso, habla al final de “la demoníaca ambigüedad del concepto”.

ciliables (en el sentido del adagio *Natura non facit saltus*): el superhombre es el hombre histórico, construido sin arrepentimiento, y que atraviesa el cielo. Esa destrucción del cielo por el crecimiento de la capacidad dominadora del hombre ya fue juzgada por Nietzsche como una culpabilización (deuda) religiosa; y sigue siendo eso.

Y algo parecido en Marx: ese capitalismo incapaz de convertirse se transforma en socialismo a través de los intereses simples y compuestos, que son una función de la deuda/culpa (¡atención a la ambigüedad demoníaca de este concepto!)³.

2. Comentario personal

Para Walter Benjamin, ya no se trata de un “estilo religioso” como el que se da en tantos entusiasmos humanos, sino de algo “esencialmente” religioso (¡y eso fue dicho ya en 1921!). Quizás un teólogo ilustrado hablaría de superstición más que de religión, y puede ser bueno recordar la seriedad con que los más clásicos catecismos arremetían contra la superstición. Pero, pese a ello, superstición resulta una palabra demasiado suave porque parece designar solo ignorancia o falta de formación, las cuales podrían coexistir con la mejor buena voluntad. La intuición de Walter Benjamin está mejor expresada, bíblicamente hablando, con la palabra *idolatría*. Y esa idolatría se despliega en los puntos siguientes.

Me parece muy valiosa la vinculación exclusiva de la religión del dinero con solo el culto. El capitalismo no ofrece ninguna cosmovisión que intente responder a las cuestiones fundamentales que pueblan la vida humana (a eso se llama, a veces, una dogmática): no nos orienta sobre lo que somos, a dónde caminamos, qué podemos saber o esperar... Solo exige un culto incondicional. Y ello es debido a que el capitalismo, como la Biblia dice de los ídolos, es “obra de manos humanas”: por un instinto y un proceso muy arraigados en la entraña humana, acabamos llamando dios a la obra de nuestras manos porque nos parece el modo más seguro de poder disponer de Dios y manipularle. El relato bíblico del desierto es de una pedagogía llamativa: el pueblo (que venía de experimentar tanto la liberación de la esclavitud, superior a sus posibilidades humanas y militares, como la dureza del desierto que sigue a esa libertad) acaba postrándose ante un montón de oro fundido y clamando: “Estos son tus dioses que te sacaron de la esclavitud” (Ex 32, 4).

Luego no queda más remedio que perpetuar ese culto porque, si no, el capitalismo quedaría en evidencia como incapaz de salvar al hombre. El culto debe ser constante, sin posibilidad de días normales: todos los días son “festivos” (es decir, de “precepto”: transidos por la obligación de seguir dando culto al dios). De este modo, la miseria y las catástrofes humanas quedan transformadas en

3. En *Gesammelte Schriften*, VI, 100-103. Traducción propia.

castigos de Dios por haberle negado el culto debido; o sea que para la religión del capitalismo los pobres lo son siempre por su culpa. Y la categoría bíblica fundamental de la “alianza” queda travestida: la fidelidad de Dios no se vincula con la conducta justa del hombre (el “decálogo”: cf. Ex 20, 1 ss), sino con el culto al dinero.

Por eso la religión del capitalismo es una religión culpabilizadora: aquí, el idioma alemán permite ese juego de palabras al que Walter Benjamin da tanto valor: en alemán, “Schuld” significa, a la vez, culpa y deuda⁴. El capitalismo es *una religión de la deuda*, del interés, y de ninguna otra cosa. Justamente por eso es una religión de la culpa irredenta, y la culpa es un destino fatal e inevitable, como en las tragedias griegas: el pobre lo es por su culpa precisamente porque necesita “endeudarse” (culpabilizarse). Hasta hace poco se nos gritaba desde todas las tribunas del poder público: “Consumid” (porque si no, la economía no se activa). Hoy se nos acusa por ello; y esos mismos poderes se llenan la boca con la palabra “austeridad”, que suena tan ejemplar. Pero es una austeridad que solo afecta a los poderes públicos que, según Keynes, son los que deberían endeudarse e invertir cuando no lo hacen los ciudadanos, para activar la economía y crear puestos de trabajo. No es una austeridad que afecte a los grandes capitales improductivos, ni siquiera gravándolos de una manera justa...

Los comentaristas de Walter Benjamin creen que nuestro autor califica aquí de religión a “elementos paganos” adheridos a la tradición judeocristiana en la que precisamente el culpable es el acreedor y no el deudor: porque cuando el rico ha cubierto ya suficientemente sus necesidades, el resto de su dinero no es suyo y es él quien está en la obligación (deuda) de devolverlo. A eso apuntaban todas las medidas bíblicas sobre interés y caducidad de deudas⁵. En cualquier caso, es fácil empalmar esta consideración con el principio tan repetido en la teología de la liberación: los ídolos son dioses de muerte. Solo el Dios verdadero es un Dios de vida.

Finalmente, Walter Benjamin añade un cuarto rasgo (aunque solo había anunciado tres): ese Dios debe quedar “escondido”⁶, pero no por la trascendencia

4. También en arameo ocurre como en alemán: la palabra *shabq* puede traducirse como culpa o como deuda material. Remito para eso a J. I. González Faus, *Otro mundo es posible... desde Jesús*, Santander, 2011, pp. 359-360.

5. Aunque pueda parecer lo contrario por mil deformaciones históricas que van desde el Templo de Jerusalén a San Pedro del Vaticano, la religión bíblica es la menos cúllica de todas. Ambos Testamentos están llenos de durísimas críticas al culto, que debe ser sustituido por el otro “culto espiritual” (Rom 12, 1) que Dios quiere: la misericordia y la entrega amorosa de la propia vida. Lo que el cristianismo llama “culto” debe ayudar al hombre a eso; no puede ser una ofrenda que se hace a Dios para evitar darle lo que Él de veras nos pide.

6. ¿Posible referencia a Is 45, 15?

inalcanzable de su misterio, sino por su culpabilidad absoluta de la que solo puede descargarse haciendo culpables (deudores) a los hombres.

Walter Benjamin insinúa incluso que, en esta concepción, confluyen todos los críticos modernos de la religión. La presencia que me parece más clara es la primera: el capitalista puro es el “superhombre” anunciado por Nietzsche⁷, esto es, “el hombre construido sin arrepentimiento y que atraviesa el cielo”. Ello le permite anticipar la posterior distinción de algunos economistas críticos entre crecimiento y desarrollo, denunciando la falsa identificación entre ambos, típica de los economistas clásicos: hoy está claro que el solo crecimiento puede endeudarnos (o enriquecernos) económicamente, pero no nos desarrolla humanamente.

De Freud recoge Walter Benjamin el poder (“clerical”) del inconsciente reprimido, si bien es verdad que ese inconsciente en Freud tiene que ver casi solo con la sexualidad y no con el dinero. De todos modos, ojalá quepa aplicar al capitalismo el título que da Freud a su obra sobre la religión (*El porvenir de una ilusión*).

Y quizá la alusión a Marx sea la más floja, aunque podía haber sido la más rica: creo que hubiese sido mejor retomar la identificación marxiana entre el capital y “la bestia” del Apocalipsis, de la cual dice el libro bíblico estas tres cosas: que las gentes la adoran y se preguntan: “¿Quién como ella?” (13, 4); que todas las gentes ejecutan sus deseos y han entregado el reino a la bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios (17, 17); y que nadie puede comprar o vender (practicar la economía) “si no lleva en la frente en la mano derecha la marca de la bestia” (13, 16.17). Este último texto está citado expresamente por Marx en *El Capital*.

De cualquier manera, Walter Benjamin no ha acabado de precisar *cuáles son esas preocupaciones* y tormentos o necesidades a los que trataba de responder la religión y ahora responde el capitalismo. Esa cuestión queda pendiente; pero sus reflexiones dejan planteada a la teología otra cuestión incomprensiblemente olvidada por ella: *la identidad de Dios* y la necesidad de distinguir entre el Dios verdadero y los mil ídolos falsos. Obsesionados por la laicidad (que no debería preocuparles tanto porque tiene raíces cristianas), los responsables eclesiásticos se han olvidado de la idolatría, quizás el mayor peligro de la hora actual y la explicación más razonable de la crisis del cristianismo en el mundo rico, una crisis que le aboca a desaparecer, o a transformarse en un fundamentalismo nada cristiano.

Pues bien, a estos dos puntos pendientes pueden ayudar a responder las reflexiones no de un filósofo, sino de un economista ya famoso. Quizá ellas nos ayuden a conseguir lo que parecía imposible a Walter Benjamin en su época: “Abrir la red en la que estamos atrapados”.

7. En esto coincidiría con la visión que suelen dar de los grandes ricos nuestros medios de comunicación social, desde *Forbes* a las televisiones.

3. Aclaraciones de J. M. Keynes

No creo que Keynes conociera el apunte de Walter Benjamin. Pero en su libro *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936)⁸ ofrece algunas reflexiones, a propósito de la crisis económica de 1929, que resultan un importante complemento al texto del filósofo alemán.

Por ejemplo, respecto al primer párrafo de Walter Benjamin (el capitalismo satisface las mismas demandas de la religión), Keynes observa cómo *la función de "lo religioso" ha sido siempre asegurar el futuro, tan inseguro para el ser humano.*

Aunque no lo diga Keynes, recordemos cómo los arúspices romanos consultaban las entrañas de animales para adivinar señales de lo que iba a pasar en una guerra, o cómo se hacían rogativas pidiendo la lluvia porque una sequía auguraba un futuro negro, o se buscaban santos especialistas en curar tal o cual enfermedad. Y hasta se pedían matrimonios a san Antonio "porque es un santo casamentero", aunque fuese "a la sombra de la sombrilla de encaje y seda", de la zarzuela *Luisa Fernanda*.

Pues bien, la tesis de Keynes es que *esa seguridad que daba antes la religión, la proporciona ahora el dinero.* El dinero asegura el futuro mejor que cualquier otro dios y, por tanto, no es un simple medio de cambio inocente, como pretendía interesadamente Michael Novak en su defensa desesperada del capitalismo norteamericano⁹. El dinero no es neutral en modo alguno, precisamente por ser la puerta del futuro. Tan poco neutral que él es el que impide que el capitalismo pueda ser verdaderamente democrático, pues los poderes políticos doblan las rodillas ante él sin ningún recato, llegando hasta a cambiar rápidamente la Constitución de un país, cuando antes no lo habían hecho ante otras demandas ciudadanas o de Amnistía Internacional, sobre derechos humanos no suficientemente protegidos en ella¹⁰.

Desde esta idolatría del dinero explica Keynes la (supersticiosa) "preferencia por la liquidez". La liquidez es como el "pájaro en mano" que vale más que ciento volando, pues da la sensación de tener la solución "más a mano" para cualquier problema que surja y la posibilidad de poder especular mejor con

8. Citaré la edición catalana de "ed. 62" (Barcelona, 1987), preparada por Lluís Argemí y Angels Masferrer, y prologada por Luis Ángel Rojo.

9. M. Novak, *The spirit of democratic capitalism*, Nueva York, 1982. Véase el comentario de J. Vives, "Una teología del capitalismo", *Papers CIJ*, n.º 61 (mayo 1992).

10. En España ha corrido el rumor de que esa precipitación fue impuesta por J. Claude Trichet a Zapatero como condición para que el BCE comprase bonos de la deuda española. Solo cabe decir aquello de "se non é vero é ben trovato". Pero tampoco es un dato necesario porque el mismo Trichet no habría sido en ese caso más que un ejecutor de los mercaderes que nos gobiernan.

el dinero. La liquidez es como la reliquia milagrosa que llevan en el bolsillo algunas gentes supersticiosas, porque protege contra no sé cuántos males. Y todo ello se hace deslumbradoramente visible en la clásica inscripción del dólar, de la que he señalado alguna vez que no debería decir “*in God we trust*”, sino “*in this god we trust*”.

Pero, según Keynes, esa preferencia por la liquidez es desastrosa para la economía, porque acaba llevando a una acumulación de capitales no productivos. Cuando el dinero es el dios que asegura el futuro, las gentes sienten la necesidad de “asegurar a ese dios” (que puede perderse o devaluarse). Y la tendencia es entonces a preferir la especulación sobre la inversión (siempre más arriesgada) y procurar intereses bien altos (o, en otros casos, salarios bien bajos).

Naturalmente, los tipos altos de interés desaniman a los inversores y hacen más atractiva la especulación. Lo que lleva a un subempleo inevitable. Como explica un comentarista: “Hasta las propias empresas industriales parecen obtener una parte creciente de sus ganancias gracias a las transacciones financieras, y una proporción cada vez menor de la venta de sus productos”¹¹.

Esto lleva fatalmente (a niveles sociales) a lo que Keynes dice en la conclusión de su libro: “Los errores más llamativos de la sociedad económica en que vivimos son *su fracaso en tomar las medidas necesarias para el pleno empleo, y su reparto arbitrario e injusto de la riqueza y los ingresos*”¹². Lleva también (y aquí coincide Keynes con Walter Benjamin) a que “la preocupación sea la enfermedad mental del capitalismo”, que, por tanto, ni hace felices a los oprimidos ni tampoco a los opresores: el carácter hipocondríaco de los mercados (sería más objetivo decir “de los mercaderes”), del que últimamente oímos hablar en cada noticiero, parece una confirmación irrefutable.

De ahí concluía el inglés que solo la regulación estatal puede despojar al capitalismo de su rostro de inhumanidad. Y esa regulación debería cargar al dinero improductivo y procurar unos intereses bajos que no fuesen más que la indemnización por el riesgo y depreciación. Pero esta regulación se ha vuelto hoy imposible, desde que se desvaneció la “amenaza del Este”, que obligaba al lobo del capitalismo a vestirse con pieles de oveja ante la caperucita humana.

11. El mismo autor aporta el dato siguiente: entre 1990 y 1995 la producción mundial creció un tercio, las exportaciones aumentaron en la mitad, pero el volumen de negocios en mercados financieros subió en torno al 230% (K. Kaufmann, *Kritik des neutralen Geldes*, p. 235).

12. *Ibíd.*, p. 308 (subrayado mío).

4. Conclusión

Escribe un comentarista que Keynes “descubrió el momento religioso central del capitalismo”¹³. Y donde hay un momento religioso central, hay también un momento ético fundamental que había sido muy importante para la Biblia: “No debe buscarse el enriquecimiento en el futuro a costa de la indigencia de los pobres en el presente”¹⁴.

Esta puede ser la gran diferencia entre la religión bíblica y la religión del capitalismo que, como decía Walter Benjamin, solo pide culto sin revelar ni enseñar nada. Por eso vale la pena destacar que el mismo Keynes fue consciente de esa diferencia y entendió desde ahí la incompatibilidad entre Dios y el dinero que proclamaba Jesús y cómo si se sirve al uno, se aborrece necesariamente al otro (Mt 6, 24 ss). Él mismo confiesa ya hacia el final de su obra:

Fui educado en la creencia de que la postura de la Iglesia medieval ante el tipo de interés era absurda por naturaleza, y de que las sutiles elucubraciones sobre la diferencia entre el rendimiento del préstamo monetario y el beneficio de las inversiones activas eran simplemente intentos jesuíticos de encontrarle una salida práctica a una teoría disparatada. Pero ahora leo aquellos estudios como un honrado esfuerzo intelectual, por *distinguir lo que la teoría clásica había mezclado de forma bien confusa: el tipo de interés y la capacidad de rendimiento marginal del capital*; porque hoy se ve claro que las disquisiciones de los escolásticos buscaban una fórmula de mantener alta la curva de eficiencia marginal del capital, manteniendo bajos los tipos de interés.¹⁵

Ante esta confesión autorizada resulta incomprensible que las autoridades eclesiásticas, tan celosas de la ortodoxia y de las prácticas morales correctas en otros campos, y de su autoridad en estos terrenos, no hayan siquiera percibido su obligación de abordar este problema fundamental del interés, si de veras quieren tener un magisterio válido y autorizado, que vaya más allá de la exigencia formal de culto denunciada por Walter Benjamin en el capitalismo. Keynes nunca se consideró hombre de izquierdas: decía de sí mismo que él solo era “un conservador moderado”. La crisis actual y la reacción de los poderes públicos ante ella (tan contraria a las soluciones keynesianas) pone de relieve que hoy la derecha económica ya no puede ser moderada: está abocada a una radicalización que irá convirtiéndola en nazismo económico.

13. T. Ruster, *El Dios falsificado*, Salamanca, 2011, p. 174. La presente nota debe mucho a esa obra, tanto en la atención a la idolatría como en la exposición de Keynes.

14. *Ibíd.*, p. 177.

15. Páginas 292-293, subrayado mío.